

COLUMNA >

La caída: objetos inocentes que nos matan

La muerte puede acechar en la puerta de casa, en una cama, a la mañana siguiente de una noche feliz



Un árbol caído bloquea una calle bonaerense, el pasado 18 de diciembre.

RODRIGO ABD (AP)



LEILA GUERRIERO

03 FEB 2024 - 05:00 CET

📷 f X in 🔗 21 🗨

El 13 de enero fue el Día Mundial de la Lucha Contra la Depresión que, [según la OMS, afecta a 320 millones de personas, 18% más que hace una década](#). Las caídas, también según la OMS, causan cada año el fallecimiento

de 684.000 personas y en 2021, según el Instituto Nacional de Estadística, fueron la segunda causa de muerte no natural en España (10 personas por día), sólo superada por [los suicidios que son la primera causa externa de muerte en el país](#) (en 2022 registraron un aumento de 5,6% en relación con 2021). Depresión, caídas, suicidios: las cifras son altas pero estamos a salvo. Son cosas que les pasan a otros, más frágiles, más infelices que nosotros. Semanas atrás se desató en Buenos Aires una tormenta descomunal con vientos de 100 kilómetros por hora. Yo había llegado a casa apenas antes, después de una noche feliz. Estaba durmiendo cuando, a las tres de la mañana, me despertó el viento, aterrador como el graznido de un ave monstruosa. Aturdida, salté de la cama para cerrar las ventanas pero me enredé en las sábanas y me caí. Golpeé con la cabeza en el piso. Escuché “crack”. El cuello se deformó en una torsión horrible y naufragué en una blancura cegadora. Me puse de pie como pude, aturdida. Recorrí temblando la casa, que trepidaba bajo el dominio de esa bestia invisible, preguntándome si en realidad yo no estaría muerta, yacente en el piso del cuarto. Poco después, dos vecinos tocaron el timbre: la tapa de cemento de un tanque de agua había volado como un *frisbee*, se había incrustado en la puerta de nuestro edificio y la había destrozado. La muerte puede acechar en la puerta de casa, en una cama, a la mañana siguiente de una noche feliz. En la falsa seguridad de nuestros cuartos, los objetos inocentes nos matan y, si no nos matan, nos recuerdan que todos podemos, alguna vez, caer.